

PESADILLA DE UNA NOCHE DE VERANO

ÓSCAR LIERA

LA PESADILLA DE UNA NOCHE DE VERANO

Personajes

EL DIRECTOR

MARINA OSORIO

GODWIN STRUNFILD

Escenografía: la que mi amiga Yemi Franco quiera y si no está ella, pues puede ser un salón, una sala, un aula, una jaula, un foro, un púlpito, la sala de congreso o lo que usted quiera; pero que eso, lo que usted quiso, tenga que ver con alguna pesadilla provocada por el calor de una noche de verano.

DIRECTOR: Pueden fumarse un cigarro. (Fuman los tres.)

MARINA: Yo creo que estoy fumando demasiado. El humo me enronquece, pero si no fumo me pongo nerviosa. (Al director.) Si tú nos dijeras que no fumáramos no lo haría, porque yo soy una actriz muy disciplinada.

DIRECTOR: Qué bueno que seas disciplinada, porque la disciplina es la base del arte...

MARINA: Y sobre todo en el teatro. Yo soy una actriz que me entrego al director y al personaje. Por ejemplo cuando hice Los cuentos de horror, de Poe, yo hacía una sombra, pero no creas que me veía corpórea, ¡no! Haz de cuenta que me llenaba de humo y me volvía casi transparente, esfumadiza, grisácea, volátil. Luego me levantaba y caminaba así, así, as-í, a-s-í; casi me sentía volar por los aires. Me sentía chocar con los tramoyistas revoloteando entre las diablas así, as-í, a-s-í.

DIRECTOR: Qué bueno por...

MARINA: Pero en Los peces por ejemplo, hacía sentir el espacio húmedo, denso, frío; y me deslizaba, me llenaba de luz. Sentía, casi, una respiración branquial...y parecía que los pies se me habían enfundado, que se me habían solidificado, fundido en una cola escamosa e inquieta. Siempre me han gustado los personajes que no son humanos; qué bueno que me diste el Puck porque, aparte de que es el mejor personaje de El sueño de una noche de verano, es un duende. No es humano. Los duendes han sido, para mí, un delirio... ¡Mira, veme las orejas!, ya me amarré una cinta para que se me vayan haciendo puntiagudas. (Las muestra.)

DIRECTOR: Se te ven muy chistosas. Yo no te vi en Los Cuentos de horror, cuando te hacías humo, ni en Los peces, en donde te hacías un ser acuático. Pero qué bueno que me dices todo eso porque este personaje, este duende, tiene que dar la sensación de que vuela.

MARINA: ¡Qué bueno! ¡Qué maravilla! ¡Me encanta la idea! Fíjate que una de mis grandes desilusiones en teatro la tuve cuando leí La gaviota, de Chéjov, creo que ni la terminé. ¡Ay!, yo soñaba con hacer ese personaje. ¡Ay, pero qué aburrida! Yo pensé que era así como la golondrina de El príncipe feliz, de Óscar Wilde, que volaba y llevaba cosas en el pico, y nada.

DIRECTOR: (Tratando de iniciar el ensayo.) Oberón y Puck son dos personajes mágicos que deberían volar y andar por alambres y en las copas de los árboles: los quiero ágiles, muy ágiles. Hice esta sesión aparte, con ustedes, porque el tratamiento que pienso darle a sus personajes es distinto al de los demás. ¿Ya memorizaron?

GODWIN: Ya.

MARINA: Yo en eso no tengo ningún problema. El texto dramático me entra como el agua que bebo y luego luego siento que se me desparrama por la sangre. (Se toca diversas partes del cuerpo.) Aquí lo traigo, aquí lo traigo, aquí, aquí y aquí también; por aquí anda Puck. (Como si le hiciera un cariño.) ¡Ay qué bonito! Aquí anda, aquí anda, aquí anda.

DIRECTOR: (Tratando de poner orden.) Bueno, vamos a trabajar. (Se levantan.) Bien. Entonces estamos en la primera escena en el bosque. Aquí quiero que Oberón sostenga a Puck dentro de sus brazos, quieto. La luz empieza a inundar el bosque; entonces, Godwin, quiero que levantes a Marina, la tomas de la cintura, ella salta y tratas de sostenerla en el aire, como si fuera un vuelo comunitario. Vamos a verlo.

MARINA: Mira Godwin, ten cuidado al bajarme porque hace poco tiempo que me rompí un pie por andar brincoteando y estuve enyesada dos meses. Me dijo el médico que me cuidara mucho porque el hueso aún está débil.

DIRECTOR: Sí Godwin, ten mucho cuidado al bajarla. (Godwin encierra a Marina entre sus brazos, la toma luego de la cintura para levantarla. Marina grita, Godwin la suelta.)

MARINA: (Al director, muerta de risa.) ¿Sabes qué? Siento que me encaja los dedos aquí en la panza y me da risa. Yo soy muy cosquilluda y la risa me mata, me quita el aire y siento que me asfixio. Luego si me pongo a reír no hay quien me pare.

DIRECTOR: (Condescendiente.) Yo tengo el mismo problema que tú. Es horrible que le hagan a uno cosquillas, es un verdadero tormento

chino. A mí me podrían matar fácilmente nomás haciéndome cosquillas.

MARINA: ¡Ay no, qué cosa tan fea! Fíjate que yo tengo un problema, yo no sé si tú me puedas ayudar, porque tú sabes muchas cosas de teatro. Pues no sé qué me pasa, yo creo que me concentro mucho pero cuando me tengo que reír en una escena no me puedo controlar. Siento un placer inexplicable y me agarra una risa endiablada y ya no hay poder humano que me pueda parar.

DIRECTOR: (Empezando a hartarse.) Es cuestión de control, de dominio sobre sí mismo. Luego que tengamos tiempo, en un descanso, si quieres lo vemos. (Cambia de tono. A los dos.) Ahora vamos a trabajar. Vamos a ver. Quiero ver ese vuelo. Son como dos murciélagos, como dos luciérnagas iluminadas. Quiero verlo.

MARINA: ¡Ah, qué buena idea! ¿Nos vas a poner trajes fosforescentes?

DIRECTOR: No, no es la idea que quiero. La luz debe salirles desde dentro.

MARINA: Pero imagínate qué increíble se vería si los dos usáramos trajes fosforescentes. ¿Quién va a hacer el vestuario? A ver, ¿cómo voy a ir vestida yo?

DIRECTOR: No lo sé, con una malla, tal vez...

MARINA: ¡Estás loco! Estoy un poco sobrada de kilos; con eso del yeso engordé mucho.

DIRECTOR: Yo no voy a diseñar el vestuario, realmente no sé...

MARINA: Mira, a mí me va muy bien al fucsia; es un color que me sienta perfecto. El lila me hace ver prieta. Tú tienes que cuidar que tus actores se vean bien. El teatro es belleza, es diversión, es alegría...

DIRECTOR: (Trata de controlarse.) Quiero ver ese vuelo. Todo lo demás depende de que ese vuelo se consiga. MARINA: Sí, sí, el vuelo. Cuidado con mi pie Godwin. (A Godwin.) ¿Y tú vas a usar ese nombre en el teatro? Es bastante horrible. ¿Qué quiere decir? ¿Dios del viento?

GODWIN: No lo sé pero a mí me gusta mi nombre.

MARINA: Cuidado porque luego la gente no lo recuerda. Tienes que buscar un nombre sonoro que dé una agradable resonancia; que por ejemplo lleve muchas “oes”. La “o” es una letra redonda y sonora, la mejor de nuestra lengua.

GODWIN: Mi nombre tiene una “o”, fíjate bien: “Goooodwin”.

MARINA: Sí chito, pero estás abusando de ella.

GODWIN: ¿Y Marina qué “o” tiene?

MARINA: Mi nombre no; pero mi apellido sí. Óyelo bien: Marina Osorio, ¿te fijaste? “Osorio”. Marina Osorio. Es un nombre perfecto para una gran actriz. ¿No le parece señor director?

DIRECTOR: Pues, por nombre no quedas Marina.

MARINA: ¿Qué quieres decir con eso?

DIRECTOR: Quiero decir que quiero ver el vuelo; quiero ver actores y actrices volando para que los nombres encajen bien.

MARINA: ¡Ay qué pesado! Los ensayos tienen que ser divertidos para que los actores no se aburran...

DIRECTOR: Yo creía que a los actores les gustaba ensayar, que les daba placer...

MARINA: Pues sí, por eso, porque uno se divierte. Imagínate lo que se habrá de aburrir un contador, siempre en su escritorio, con los mismos problemas y sin saber cómo divertirse con sus numeritos y allí sentado aplanando nalga nomás...

DIRECTOR: (Trata de ser enérgico.) Bueno, basta. Hay que trabajar porque luego van a venir los demás y tendremos que ver las escenas de conjunto. Quiero ver ese vuelo.

GODWIN: ¿Por qué mejor no nos cuelgas de unos trapecios?

MARINA: ¡Estás loco! A mí los trapecios me provocan un horror especial. De niña una vez en un circo vi que un trapecista se descolgó y aquí nomás me cayó con un sangrerío espantoso. Luego la gente dijo que un payaso había sido el culpable por no sé qué película que la gente había visto. No, no y no. Yo no trepo en un trapecio ni enferma de la razón. Ni creas. Mejor busquemos unos cirqueros que lo hagan y nosotros recitamos los parlamentos desde abajo.

DIRECTOR: (Desesperado.) No los voy a subir a un trapecio Marina. No te preocupes; además Peter Brook ya lo hizo.

MARINA: ¿Y se subieron los actores?

DIRECTOR: Claro que se subieron.

MARINA: ¡Ay qué bárbaros! ¡Claro!, es que en Rusia si no hacen lo que les piden los matan. Pero aquí vivimos en un país libre, uno tiene sus derechos y existe hasta la libertad de morirse de hambre para el que quiera.

DIRECTOR: (Conteniéndose.) Marina, Peter Brook no vive en Rusia.

MARINA: ¡Ay, qué barbaridad! Pues uno oye nombres raros...

DIRECTOR: (Decidido.) Bueno, quiero ver ese vuelo.

MARINA: Cuidado con mi pie Godwin, y no me hagas cosquillas. (Godwin la toma de la cintura. Marina grita con alegría.) ¡Ay, ya sé! Godofredo Romo ¿Te gusta?

GODWIN: A mí me gusta mi nombre, ya te lo dije.

MARINA: Pues a mí no. (Al director.) Oye, a mí no me gustaría compartir créditos con alguien que se llame Godwin Estrunfin.

GODWIN: (Corrige.) Strunfeld.

MARINA: (A Godwin.) Como sea. Ya ves, ni se acuerda uno. En cambio “Romo” lo recuerda cualquiera.

(Al director.) Oye, ¿y cómo vamos en cuanto a los créditos? Creo que te hablé de eso, ¿no?

DIRECTOR: Van por orden de aparición en escena.

MARINA: ¡Estás loco, si la mayoría son principiantes! Ya ves, éste no ha podido levantarme en todo este rato. (Cambia de tono.) Bueno, que mi nombre vaya subrayado... o no, mejor con letras más grandes. Tengo un currículum impresionante. He sido premiada, he estado en ternas, telenovelas, fotonovelas; toda la gente me conoce. Cuando voy por la calle la gente se secretea y se dicen: “mírala, allí va. Quien la viera tan modosita y buena, y tan mala que es”.

DIRECTOR: ¿Y tienen razón?

MARINA: ¡Claro que no! Lo dicen porque en la televisión hice una telenovela que se llamó “Renata Apicoalveolar”, en donde yo era la mala-mala. ¡Ay si no te he contado! Un día saliendo de los estudios fue una señora y me aporreó con un paraguas. Yo le decía: “Señora, ¿por qué me pega?” Y ella me respondía: “por mala, por mala. Ya vi que fuiste con el chisme con la Ponciana, que es una perra, y hablaste mal de Renatita, tan buena que es; porque ella sí es buena”. “No soy mala, señora”, le decía yo. Y ella riata y riata, hasta que unas gentes vinieron en mi auxilio. ¿Te das cuenta?, la gente cree que en realidad soy mala. Yo ya le dije a Lorenzo que quiero que en la próxima telenovela me la dé de buena porque ya hasta miedo me da salir a la calle y desde entonces

le he agarrado pánico a los paraguas, más que a los trapecios. No me vayas a decir que en esta obra alguien sale con paraguas porque no salgo. (Pausa. Ve la seriedad del director.) Bueno, vamos a ver el vuelo. ¿Por qué escogiste esta obra? Yo hace mucho que tengo ganas de hacer algo romántico. La dama de las camelias, ¿no crees? ¡Ay, a mí me gustaría hacer Violeta!

DIRECTOR: (Con sorna.) ¿Violeta? ¿Y ésa quién es?

MARINA: Ya te pillé en la ignorancia; Violeta es la dama de las camelias.

DIRECTOR: Pues te pillaste tú sola. El personaje se llama Margarita.

MARINA: Esa es de Fausto.

DIRECTOR: También de Fausto; no, si las Margaritas son terribles...

MARINA: Pues no estoy de acuerdo contigo. Se llama Violeta y Violeta se llama. ¿Verdad Godwin?

GODWIN: Yo no conozco esas novelas.

MARINA: (Al director.) ¿Ves? ¿Y quieres que comparta créditos con estos actores que no saben ni usan la o por lo redondo? Ya ves cómo se apellida: Estrunfin.

GODWIN: (Corrige.)Strunfild.

MARINA: (A Godwin.)Es que nadie lo recuerda chito, esa es la verdad. Nadie lo va a recordar nunca. Los nombres y apellidos extranjeros son una pesadilla para la gente que habla un buen español. Siquiera ponte “Estrunfin” aunque no tenga ninguna “o”, pero no te garantizo el éxito: no te lo garantizo.

GODWIN: Lo que pasa es que tienes envidia de mi nombre porque mis padres son extranjeros...

MARINA: ¿Envidia? ¿Yo, chito? Yo soy una actriz consagrada. Tengo un currículum impresionante. Y tú, ya ves, ni siquiera me has podido levantar para comenzar una escena. Nos has estado haciendo perder el tiempo innecesariamente. (Lo reta.) A ver, levántame para volar como quiere el director; déjate de murciélagos y piensa en una frágil mariposa. (Al director.) Oye, ¿y si me sacas con alas? Claro, de color fucsia como habíamos quedado. ¡Ay, no sabes qué bien me puedo ver! Pero con telas finas, nada de corrientadas. ¡Ay, porque a mí las mantas y las mezclillas me producen erupciones en la piel! ¿Cuándo vamos a ir a tomarnos medidas con la costurera? Yo tengo una que cose sensacional. ¡Ay!, porque eso de que las costureras no le conozcan bien el cuerpo a una, puede ser fatal para la obra. Ya sabes que a mis estrenos siempre viene lo más granado de la sociedad, el señor Burgos no falta, ya ves que él va subiendo en la política muy bien. Doña Proco siempre me quiere para sociales y al Chuy Deprak ya lo veo en primera fila; ya sabes, con sus camisas de marca y su lengua de víbora listo a destrozarme el vestuario que saque. (Con gran disposición.) Bueno, vamos a ver el vuelo. (A Godwin.) Acuérdate de mis cosquillas y de mi pie, Romo; Gregorio Romo. Se oye Bonito. ¡Decídetes!

GODWIN: (Perdida la paciencia.) ¡Déjame en paz! Si no te gusta mi nombre es TU problema; a mí tampoco me gusta el tuyo. Osorio es como un estercolero de osos.

MARINA:(Furiosa.) ¡Eso nomás faltaba ahora!, que me saliera un actorcillo con que no le gusta mi nombre; cuando que ha encabezado páginas de importantísimos diarios y ha marchado al pie de mis fotografías en carteles, programas y las páginas de sociales firmadas por la culta mano de doña Proco. La Proquito, para los amigos que la quieren bien como yo, y como don Octavio Craco. Nosotros somos los únicos amigos de la Proquito que no le andamos echando en la cara lo putilla que es. Antes del banquero anduvo con un fotógrafo... (Al director.) ¿Cuándo van a venir a tomarnos fotos? Yo tengo un fotógrafo que es único, deberíamos de llamarlo a él; no es el de la Proquito. Porque, ¿sabes qué?, el día que yo me vaya a retratar, que tiene que ser en la tarde, tengo que dormir catorce horas. Y me tengo que poner una mascarilla sensacional, si quieres luego te paso la receta. (A Godwin.) A ti no, porque con ese nombre ni te va...

DIRECTOR: (Muy seco.) Señores, tenemos quince minutos para ver esa escena, el tiempo...

MARINA: ¿Quince? ¡Qué rápido se pasa el tiempo! ¿Verdad? ¡Qué hace que llegamos y ya va a terminar el ensayo! ¿A qué hora nos vamos a ver mañana? Porque yo, mañana, tengo cita con el dentista y con el peluquero. (Siempre al director.) ¡Ah!, te quiero decir que la semana que entra voy a faltar a dos ensayos porque necesito hacer unas compras importantes. No quiero dejarlo para después, porque luego que comienzo a ensayar una obra de teatro me entrego a ella totalmente; descuido amistades, desconecto el teléfono y empieza mi proceso de enamoramiento del personaje hasta que lo hago mío y lo introduzco en mí y no vivo más que para él.

(A los dos.) Vamos a ver el vuelo. (A Godwin.) No sé si deba insistir
Godwin: mis cosquillas y mi pie. Ya lo sabes, ojo querido.

GODWIN: (Molesto.) Pierde cuidado. (Toma de la cintura a Marina,
ésta salta. Godwin la eleva por los aires, Ma- rina se asusta.)

MARINA: (Grita.) ¡Jesús! (Godwin la baja.) Este hombre me va a
incrustar en las diablas. No, no, no, no, no. No puede ser. (Al director.)
Tú no puedes permitir eso, o no sé cómo vas a iluminar la escena
conmigo allá arriba. A propósito ya te dije que yo sólo acepto colores
lavanda y siempre con reflectores en barales y laterales; nada de sombras
en la cara ni penumbras. Porque eso de que los directores no cuiden a las
actrices es im- perdonable. Im-per-do-na-ble. La única actriz bien
cuidada de nuestro medio es la Teresa; ¡claro!, siempre la dirige su
marido. Y ya lo ves; así tenga que hacer una lavandera o una pepenadora
siempre sale enrimelada y bien peinada, como lo que es: una señora. Y
ya la viste en eso del Caleidoscopio azul: divina. ¿Quién le creyó que
era otro personaje? No lo sé, ni me importa. Divina la vieja. Bien
arreglada, con sus luces bien cuidadas y con sus movimientos de gran
señora como debe...

DIRECTOR:(Furioso.) ¡Ya! ¡Basta! ¡Nadie hable una palabra más! ¡No
es posible! ¡No hemos podido trazar ni una pinche escenita!

MARINA: (Bastante contrariada.) ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Te lo dije
desde que me llamaste; te lo advertí: ni una grosería, ni una palabra
obscena, ni un insulto. Hablando se entienden las gentes. Nada de
palabrotas porque yo te dejo la obra. Y te la dejo con la mano en la
cintura. Te digo: aquí está tu libreto y ahí nos vemos, y a ver quién te
produce. Yo lo grito en los periódicos, le hablo a la Proquito, y ya sabes,
ya sabes, Margarita me busca otro director y en lo tuyo se pone un punto

con carácter de final. (Pausa.)¿Por qué me dijiste que las Margaritas eran terribles? ¿Era para insultar a nuestra productora? Y dijiste que también la piruja de La dama de las camelias se llamaba así. Eso era para humillarla; porque en realidad se llama Violeta.

DIRECTOR: (Con temor.) Así como te dije se llama en el teatro; en la ópera se llama Violeta.

MARINA: ¡Ay!, qué manía de cambiarle el nombre a las gentes y a las calles. Mira, el otro día se me ocurrió caminar por una calle, y la misma cambió de nombre como cuatro veces. ¡Huy! Y en París, esto es peor. No tienes idea cómo cambia de nombre una misma calle, yo no sé cómo es que los franceses no se pierden.

DIRECTOR: Marina, enciende un cigarro y ven. Tenemos que hablar. Tú también Godwin. (Cada quien enciende un cigarro.)

MARINA: Creo que estoy fumando demasiado, el humo me enronquece, pero si no fumo me pongo nerviosa. Si tú nos dijeras que no fumáramos no lo haría porque soy una actriz muy disciplinada.

DIRECTOR: (Da un grito profiláctico. Pausa. A Marina.) ¿Nunca has sentido ganas de matar a alguien? ¿De cometer un horrendo homicidio? ¿Un asesinato?

MARINA: Bueno, en el teatro cuando hice Flor de café, de Gumaro Orozco, yo era una mano asesina. Nomás sacaba la mano de entre las mamparas y mataba a la víctima; era todo lo que hacía y no volvía a aparecer más. Pero vieras con qué ganas lo hacía. Me sentía un horrendo asesino. Ya ves que me entrego mucho a mis papeles; semanas y

semanas ensayé con gatos en la casa. Primero me acabé los gatos de los vecinos, que por cierto daban mucha lata, y luego compré como unos ocho más. Y a todos los asesiné con saña, sobre todo los últimos en los que ya experimenté un verdadero placer. El primero fue horrendo, las muecas, la sangre, los maullidos desesperantes, las miradas de agonía ¡espantoso! Pero ya cuando iba como en el sexto me había convertido en una asesina profesional de gatos. (Hace como que los mata con violencia.) ¡Así! ¡Así! ¡Once! ¡Quince! ¡Así! ¡Así! Sí. Sí. Y todo el mundo me dijo después del estreno que se veía la mano de un asesino que sentía placer al matar; y yo todavía no había hecho mis declaraciones a la prensa, ni a la Proquito, de mi experiencia de gatos; ya ves, amo el teatro, me convierto en el personaje, siento placer en hacer las cosas...

DIRECTOR: ¿Y nunca has tenido deseos de matar a algún semejante, fuera del teatro, es decir, de alguna obra?

MARINA: ¡Ay, horror de horrores! ¿Pero qué estás loco?

DIRECTOR: ¿Segura que no? ¿Ni por un momento en el pensamiento?

MARINA: ¡Ay, no! ¡Qué manía tienen todos los directores de meterse en la vida privada de los actores! ¡Ay!, pero ¿por qué? No, no me escudriñes más, al rato vas a querer saber mi edad, vas a indagar mis vicios, mis debilidades... no, no. Mira: soy toda un talón de Aquiles, punto. En donde me toquen me encienden y no puedo decir más, porque de allí brinco a las intimidades; y eso así nomás, en la primera sesión no se puede. Pero mira, les voy a aclarar a los dos para que lo sepan de una vez por todas: cuando se busca una asociación para suministrar recíprocamente un servicio copulatorio, yo siempre sigo tres pasos fundamentales: conocimiento, re- conocimiento y lujuria. Que les quede claro. Obvio aclarar que la tercera fase puede tener un carácter de

permanencia.

DIRECTOR: Sólo te pregunté lo del crimen...

MARINA: ¡Ay!, pero ya ves, con eso me engatusaste para llevarme a hablar de la complacencia copulatoria y casi casi te hablo de los aparejamientos públicos, si no es que hago un alto y me digo: Marina. Y me estrujo diciéndome: ¡querida Marina!, ¿a dónde vas? Yo misma, como ves, ejerzo un riguroso control sobre mí misma. Ya cuando me digo: querida Marinita ¿eh?, es que la cosa es grave, y allí me paro.

DIRECTOR: Aún no has contestado mi pregunta...

MARINA: Bueno, pues sí; ¡todo sea por amor al teatro! Cuando era niña, una vez en la escuela quise matar a una compañera. Me acuerdo que le di a beber petróleo con hojas de bugambilia molida y tres cabezas de grillo; yo creía que con eso se podía envenenar. Le dije que era jugo de chocolate escocés; ya ves que los escoceses son tan ridículos, con sus falditas... (A Godwin.) ¿No es escocés tu apellido?

GODWIN: Yo sí he sentido ganas de matar y qué curioso que se hable de eso, porque las he venido sintiendo cada vez más fuertes desde hace rato.

DIRECTOR: No es nada curioso, es más bien lógico, diría yo. Y comparto esa sensación contigo Godwin. MARINA: ¡Qué maravilla! ¿Por qué no hacen una escena de Los asesinos tenían sed? Sirve que yo los vea y así me voy a comunicar más fácilmente con ustedes.

DIRECTOR: Sería bueno que tú participaras con nosotros.

MARINA: ¡Están, pero como locos! Yo ya maté mis gatos y quedé muy bien en el papel que hice. La Proquito me hizo toda una crónica del homicidio, en donde destacaba el papel de mi mano: “mano indispensable, mano fiera y decidida”. ¡Ay!, casi me aprendí la crónica de memoria. Incluso he pensado hacer un recital con las crónicas que han aparecido sobre mis actuaciones; algunas son poesía pura. (Al director.) ¿No me lo quisieras dirigir? DIRECTOR: Ahora lo que me gustaría es tener otro tipo de experiencia contigo; algo total, definitivo.

GODWIN: No, ese placer me lo reservo yo. Me gustaría deshacerla entre mis garras.

DIRECTOR: Perdóname Godwin, soy el director y tengo prioridad...

MARINA: ¡Ay, qué pasiones despierto! Cada vez es más notable. Es común que los directores se enamoren de mí, hasta en los maricas despierto un qué sé yo; pero nunca me había pasado en el primer ensayo. (Godwin se acerca a Marina.)

DIRECTOR: (Furioso. A Godwin.) ¡Déjala! Es mía.

GODWIN: (También furioso.) ¡Imposible! Tengo tanto derecho como tú sobre ella.

DIRECTOR:(Fuera de sí.) ¡Con una chingada, que la dejes!

MARINA: (Quien había estado fascinada, protesta.) ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! (Al director.) ¡Ya te lo dije: palabras obscenas no, porque no las resisto! Mi psiquiatra estudia el caso, pero mientras no quede resuelto y yo no pueda superarlo. (A los dos) evítenlas, plis, porque pueden causar mi muerte; palabras de mi analista.

El director y Godwin voltean a verse muy significativamente. Poco a poco se van transformando en dos seres diabólicos. Se quitan las camisas y se las echan encima a Marina—por supuesto que mi amiga Yemi les habrá advertido que de estas camisas, una debe ser de mezclilla y la otra de manta—. Mientras hacen esto los actores que interpretan a Godwin y al director, deberán de improvisar toda clase de groserías que conozcan. Entre estas groserías, que deben ser un prodigio del léxico popular, deberán mezclarse las palabras y los parlamentos: “trapecio”, “la obra va a ser en trapecios”, “todos los actores van a sacar paraguas”, “que vivan los paraguas rojos”, “paraguas y trapecios juntos te van a chingar en el suelo”.

Marina se ha ido cayendo bajo el peso de la improvisación popular, bajo la manta y bajo la mezclilla. Marina grita desesperadamente y finalmente, fatigada por el dolor, queda inmóvil. Godwin y el director se acercan a ella, le toman el pulso que es casi nulo, y se ven con alegría. Se abrazan, se besan, brincan de júbilo, ríen, vuelan como dos murciélagos, como dos luciérnagas, como dos mariposas. Luego descansan un poco.

DIRECTOR: Los griegos, que todo lo sabían, vuelven a tener razón: las mujeres sobran en el teatro.

GODWIN: Hay que volver a los orígenes del teatro.

DIRECTOR: (Viendo a Marina.) Debe haber muerto del corazón.

GODWIN: Pobre, y pensar que pudo llegar a ser simpática; pero tenía demasiados problemas psicológicos para ser actriz. (Marina se va levantando poco a poco, ellos no se dan cuenta.)

DIRECTOR: Es cabrón el teatro. Hay que llegar muy libre de todo; sin nada y listo a reventar porque se está lleno. GODWIN: Pero muchos revientan porque se truenan por dentro; como ésta.

DIRECTOR: No tardan en llegar los demás. Habrá que mostrar caras de preocupación.

GODWIN: En cuanto oigamos la puerta empezamos a darle masajes por todas partes.

MARINA: (Muy recuperada.) ¿A quién?

El director y Godwin vuelven a la improvisación anterior, pero Marina se va revitalizando y ríe. Ellos suspenden la Improvisación y quedan sin entender nada.

MARINA: (Feliz.) ¿Se dan cuenta? Estoy curada. Los psiquiatras no tienen imaginación porque no son artistas. Pobres psiquiatras, no les queda más que crear dependencias de sus pacientes para poder irlos pasando. ¡Ay, qué loca estoy, no sé de qué estoy hablando! Vamos a seguir con el ensayo. Vamos a ver el vuelo. Godwin Romo; cuidado con mi pie y mis cosquillas, y no me subas tan alto porque luego las luces no me van a llegar, ni se me va a ver mi traje fucsia fosforescente, ni mis alas de mariposa, y ya ves que muy arriba se pierde la idea del maquillaje. (Al director.) ¡Ay!, no me has dicho cómo voy a ir maquillada. Tienes que hablar antes con mi maquillista para que te enteres de mis facciones... mis cosquillas y mi pie, Romo, no lo olvides.

No sé qué decida mi amiga Yemi en cuanto a la actitud de Godwin y del director. ¿Dejarán la vocación del teatro por la de psiquiatra como ella? ¿Empezarán lenta, pero inexorablemente a morir? ¿Se convertirán en ermitaños y renunciarán al mundo?, ¿o se convertirán en asesinos de actrices? No lo sé, por lo pronto y en escena, que hagan lo que el director de la obra quiera. Lo que sí es importante es que alguien, cualquiera que ande por allí cierre el...

TELÓN

1979